

DONATIVO
N.º 10000
MADRID
1905

Rosa y Azul

REVISTA PARA NIÑOS



15
Ct. 25

Imprenta de
MADRID

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.
Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Seis meses, 3,50 pesetas; un año, 6 pesetas.

EXTRANJERO: Un año, 12 pesetas.

VENTAJAS QUE REPORTA LA SUSCRIPCIÓN

1.^a **Economía**, puesto que se obtienen por *seis pesetas* 52 números que, comprados semanalmente, cuestan **7,80 pesetas**, y además recibe el suscriptor como regalo en fin de año unas elegantes tapas y el índice para encuadernar **Rosa y Azul**.

2.^a **Preferencia** en el orden de inserción de los trabajos.

3.^a **El regalo** de los 128 folletines que van publicados de las divertidas *Aventuras de un pequeño filósofo*.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1905.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

PAISAJE DE ELCHE



ELCHE es una de las poblaciones españolas que más conservan aún el sello morisco. Viendo los millares de altas palmeras que en sus contornos existen, diríase mejor que estábamos á orillas del Nilo que á pocas horas de Madrid.

También presenta bastante semejanza con la morisca la parte vieja de la población, cuyas casas, cobijadas por las palmas, con pequeñas puertas, ventanas que parecen agujeros y terradillos genuinamente árabes, son notas de un blanco purísimo que llega á ofender la vista bajo aquel sol africano.

Las palmeras de Elche pueden sostener la comparación con las más hermosas de Oriente, y existen muchas que se elevan majestuosamente á más de sesenta pies del suelo. De ellas se han cortado esas palmas que el Domingo de Ramos llevaréis á bendecir á la iglesia y colgaréis luego en los balcones de vuestras casas; de ellas han cogido esos dátiles sabrosos, que luego os dirán los comerciantes ser de Berberfá ó de Smirna. Porque los españoles somos muy aficionados á comer nuestros mismos productos con nombres extranjeros y los hallamos más sabrosos que si nos los presentan con los propios.

JOYAS LITERARIAS

CHUCHO

(CONCLUSIÓN)

ANDA, valiente! ¡Agárrala, que no te hace nada!... ¡Por la cola, tonto!... ¿Quieres que te pesque otra más grande?

—Sí, más gande, papá. Esta no me gusta—respondió el chiquito renunciando ya bravamente á agarrar una trucha tan pequeña.

El buen comerciante se preparó para otro chapuz; dejóse ir al fondo y con prisa comenzó á registrar los agujeros de una roca grande que antes había visto. La muerte, feroz y traidora, le aguardaba dentro. Metió el brazo en uno de ellos harto angosto, y cuando intentó sacarlo no pudo. La sangre se le agolpó toda al corazón; perdió la serenidad pa, a buscar la postura en que había entrado; forcejeó en vano algunos momentos; abrió la boca al fin falto de aliento, y en pocos segundos quedó asfixiado el infeliz.

Chucho esperó en vano su salida. Miró con gran curiosidad por algunos minutos al agua, hasta que, cansado de esperar, dijo con inocente naturalidad:

—¡Papá, sal!

El padre no obedeció. Esperó unos instantes, y volvió á gritar con más energía:

—¡Papá, sal!

Y cada vez más impaciente, repitió este grito, concluyendo por llorar. Largo rato estuvo diciendo lo mismo con desesperación:

—¡Sal, papá, sal!

Sus rosadas mejillas estaban bañadas de lágrimas; sus ojos grandes, hermosos, inocentes, se fijaban ansiosos en el pozo donde á cada instante se figuraba ver salir á su padre.

Un salto de la trucha que tenía cerca, viva aún, le distrajo. Acercó su manecita á ella y la tocó con un dedo. La trucha se movió levemente; volvió á tocarla y se movió menos aún. Entonces, alentado por el abatimiento



del animal, se atrevió á posar la palma de la mano sobre él. La trucha no rebulló.

Chucho principió á gorjear por lo bajo que él no tenía miedo á las truchas y que si estuviera allí su hermana Carmita indudablemente no osaría poner la mano sobre una bestia tan feroz como aquella. Tanto se fué envalentonando, que concluyó por agarrarla por la cola y suspenderla. Aquel acto de heroísmo despertó en él mucha alegría: fluyeron de su garganta algunas sonoras carca-

jad. Pero una violenta sacudida de la trucha le obligó á soltarla aterrado. Miró á su alrededor, y no viendo á nadie, se fijó otra vez en el pozo y tornó á gritar llorando:

—¡Sal, papá! ¡Sal, papá!... ¡No quiero trucha, papá! ¡Sal!

El sol declinaba. Aquel retirado paraje, situado en la falda misma de la colina, se iba poblando de sombras. Allá, en el horizonte, el sol se ocultaba detrás de las altas y lejanas montañas de color violeta.

—Teno miedo, papá... ¡Sal, papaito!—gritaba la tierna criatura bebiendo lágrimas.

Ninguna voz respondía á la suya. Escuchábase tan sólo las esquilas del ganado ó algún mugido lejano. El río seguía murmurando suavemente su eterna queja.

Rendido, ronco de tanto gritar, Chucho se dejó caer sobre el césped y se durmió. Pero su sueño fué intranquilo: era una criatura excesivamente nerviosa, y la agitación con que se había dormido le hizo despertar al poco rato. Había cerrado la noche. Al principio no se dió cuenta de dónde estaba y dijo como otras veces en su camita:

—Tata, quiero agua.

Pero viendo que la Tata no acudía, se incorporó sobre el césped, miró alrededor, y su pequeño corazón se encogió de terror observando la oscuridad que reinaba.

—¡Tata, Tata!—gritó repetidas veces.

La luz de la luna rielaba en el agua. Atraídos sus ojos hacia ella, Chucho se acordó de pronto que su papá estaba con él y se había metido en el río á sacarle una trucha. Y entre sollozos que le rompían el pecho y lágrimas que le cegaban, volvió á gritar:

—¡Sal, papá; sal, mi papá!... ¡Teno miedo!

La voz del niño resonaba tristemente en la oscura campiña silenciosa. ¡Ah! Si el buen Fresnedo pudiera escucharle allá en el fondo del pozo, hubiera mordido la roca que le tenía sujeto, se hubiera arrandado el brazo para acudir á su llamamiento.

No pudiendo ya gritar más porque le faltaba la voz y el aliento, destrozado por el cansancio, cayó otra vez dormido, y así le encontraron los que habían salido en su busca.

A. PALACIO VALDÉS.

PARA EL CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

TENEMOS el proyecto de dedicar entero el núm. 63, correspondiente al día 6 del próximo mes de Mayo, al centenario del *Quijote*, que se celebrará en la indicada fecha, y queriendo que los niños rindan su modesto homenaje al inmortal Cervantes, los invitamos á que cada uno nos remita un pensamiento, escrito en prosa ó verso pero *sin pasar en ningún caso de ocho líneas*, acerca del autor del libro ó de alguno de los personajes que en el figuran.

Ponemos limitación á los trabajos con objeto de poder publicar el mayor número de éstos, formar con ellos un ramillete y ofrecerle á nombre de la infancia española, al autor que más alto puso el pabellón de la literatura patria.

Los trabajos pueden remitirse hasta el 15 de Abril, y un Jurado se encargará de admitir los que reunan condiciones de ser publi-

cados; advirtiendo que, en nuestro buen deseo, le encargaremos *tenga la manga ancha*.

Al autor del mejor pensamiento le haremos entrega de un magnífico ejemplar de *Don Quijote de la Mancha*.

Indíquese en el sobre: «Trabajo para el centenario del *Quijote*».

EN CASA DEL PAYASO



Contador original.

LA VIDA EN EL CAMPO

I

LECHUGUÍN se había criado en una estufa, como quien dice. Por temor á que se constipase, en el invierno le tenía su madre envuelto en un refajo y con la cabeza rebujada en una toquilla. En pleno estío, y cuando las gentes salían á la calle ataviadas con vaporosos trajes, Lechuguín llevaba camiseta



de lana, calzoncillos de bayeta y una faja que le daba doce vueltas.

Todas estas precauciones estaban justificadas, porque al nacer Lechuguín predijo una comadre que aquel muchacho, á juzgar por una protuberancia que tenía en el tórax, estaba predispuesto á la tuberculosis; era terreno abonado.

Se buscaron precedentes, y no tardaron en hallarse. Un ascendiente suyo en décimo grado había muerto á los ochenta y seis años en Navalagamella; según unos, por haber ingerido una gran cantidad de callos; según otros, de una tuberculosis «prematuro».

Debía ser esto último, pues en Navalaga-

mella nadie se ha muerto por comer callos. Así lo dice el Alcalde.

Ello fué que Lechuguín cumplió los veinticinco años sin servir para nada, sin fuerzas para abrocharse los botones del chaleco, sin poder soportar el más insignificante cambio de temperatura.

Y como siempre hay quien sea capaz de dar un buen consejo en casos como éste, un amigo de la familia cogió un día en el Prado á Lechuguín padre y le dijo:

—Mira, Espantaleón, es necesario que hagas valer tu carácter de cabeza de familia y envíes á Teudiselo al campo. A Francia, á Suiza, al Polo Norte... Cualquier sitio será bueno con tal de que le separes de su madre. Ese chico no es hombre, es una planta de salón, que muere agostada al primer rayo de sol puro que recibe, ó se deshoja al soplo de una ráfaga de aire. Acuérdate de lo que éramos tú y yo cuando teníamos su edad, y dime si no es un crimen lo que con él estáis haciendo.

—Pienso que tienes razón, amigo Leopoldo; pero me asusta tener que plantear este problema ante mi mujer.

—Pues yo le plantearé, y verás cómo convenzo á Praxitela.

Trabajo le costó á D. Leopoldo; pero tantos y de tal peso fueron sus argumentos, que aquella noche quedaba acordado el viaje de Lechuguín á una aldea de Suiza, donde sus padres tenían establecidos unos amigos.

La despedida fué dolorosa. Doña Praxitela, abrazaba á Lechuguín, y entre besos y apretujones, le recomendaba que no se quitara la camiseta de franela ni comiera sardinas en escabeche.

Al fin partió el tren llevándose á Lechuguín en compañía de una manta de Palencia,

una maleta llena de ropa de abrigo y una caja de pastillas para la tos, por si acaso le daba un acceso en el camino.

II

—¡Quite usted, hombre, quite usted! Deje arrumbada esa manta de lana y aligérese de ropa—dijo la señora Casiana á Lechuguín apenas terminó la lectura de la carta de que él era portador.

—Pelo... ¿y si me constipo?

—Aquí no se *costipa* nadie. Vamos á conseguir que se ponga usted más fuerte que un ternero. ¡Ya verá!... ¡Ya verá!...

—Yo soy muy débil y cleo que molilé tuberculoso.

—¡Qué hade morir usted!

Al día siguiente le ataviaron á usanza del país. Aquellas honradas gentes tenían sus ma-

nías, y una de ellas era el no poder resistir los pantalones largos. Le cortaron, pues, los que de su casa había traído y le pusieron una pluma en el sombrero, que en aquel pueblo es prueba de distinción suprema. Y en seguida le echaron al campo, á bajar y á subir las escarpadas montañas, á restregarse las flácidas pantorrillas con nieve, á curtirse, en una palabra.

Cualquier mozo de aquella aldea podía echarse á cuestas un becerro de dos años, y eso es lo que deseaban pudiese hacer Lechuguín. Los primeros días sufría el joven lo

indecible en aquellas excursiones, que duraban cinco horas por termino medio, al paso del Sr. Robustiano, que parecía un automóvil, y estornadaba á cada instante; pero al mes pesaba 17 gramos más y resistía admirablemente una temperatura de 6° bajo cero, con su traje de calzón corto y pata pelada.

Un día, mientras la señora Casiana y su

marido descremaban la leche, Lechuguín se marchó hacia la pradera que había detrás de la granja. De pronto se le echan encima las vacas, las terneras y los chotillos en actitud inofensiva. Pero creyendo él que venían dispuestas á embestirle, comenzó á sudar de tal manera que parecía salir de un baño.

Los inofensivos animales ni por asomo se metieron con Lechuguín. Le lamían las piernas, mugían dulcemen-

te; pero él, con los anteojos puestos á causa de un catarro ocular que pescara en una de sus excursiones, pasó un susto morrocotudo. ¡Dios santo qué apuros! ¡Cómo recordaba los mimos y caricias de doña Praxitela! ¡Parecían aquellos animales tan grandes á través de los anteojos!...

Algún tiempo después, y cuando la señora Casiana pasó á los padres de Lechuguín la cuenta de las estancias, tuvo que cargar una fuerte cantidad por legía, pues ciertos calzoncillos que el joven llevaba puestos en cierta ocasión, no había manera de lavarlos.



III

Al cabo de ocho meses Lechuguín entraba en Madrid más fuerte que un roble y siendo capaz de pasearse por las calles en mangas de camisa, en uno de esos días del mes de Enero portadores de catarros y pulmonías.

Y cuando refirió á sus padres todas las

peripecias, y muy detallada la de las vacas, díjole D. Leopoldo, que á la estación había bajado á recibirle:

—Pero en cambio facturamos para Suiza un alfeñique y nos devuelven un hombre. ¡Ah, no hay nada como la vida del campo!

MIGUEL LÓPEZ.

ANTE EL RETRATO DE LA MADRE

(MONÓLOGO)

*Le tengo á mi cabecera.
Allí está mi madre hermosa
junto á aquella Dolorosa
pálida como la cera
que me mira tan severa...
Perdón, Virgen. ¿Qué te hecho?
Ve que estoy sola en el lecho
y me hieren tus miradas
como esas duras espadas
que te atraviesan el pecho.*

*¡Mirame! Mirame bien
que con tu dolor me aflijo.
Sé que perdiste á Tu Hijo...
y yo á mi madre también.
Lástima, pues, de mí ten
tú que eres «dulce y clemente».
No más viertas llanto ardiente
ni tu mirada me riña
que soy una pobre niña
huerfanita é inocente.*

*Y tú, mi madre querida,
perdón, también... Ya sé yo
que la vida te costó
el darme esta pobre vida.*

*Vé que te lloro perdida
madre del alma, y que diera
mil vidas si las tuviera
por ti desde que te he visto
junto á la Madre de Cristo,
velando á mi cabecera.*

*Allí está el retrato. ¡Allí!
Donde le colgó mi padre.
Esa, dicen, fué mi madre,
pues yo no la conocí...
Nunca en esos ojos ví
reflejar la luz del día.
¡Y qué hermosa que sería!
Al mirarla me embeleso.
¡Y no la dí el primer beso!
¡Madre mía! ¡Madre mía!*

*Tú, tú y la Virgen... ¡Las dos,
las que amparáis mi orfandad!
¡Qué me miréis con piedad,
madres, os pido por Dios!
Que no me olvidéis, y en pos
de esta lucha fatigosa,
allá en la región gloriosa
me guardéis junto á mi palma,
tú, la madre de mi alma,
y tú «Mater Dolorosa».*

JUAN DE CASTRO

ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

EL AUTOMÓVIL "MARÍA ISABEL,"

Todos sabéis cuán ingeniosa es mi amiguita María Isabel, la más aplicada de las niñas que yo conozco. Me refiero á las que no son lectoras de ROSA Y AZUL, pues de éstas tengo muy buenos antecedentes. D ganlo si no Nieves Campa, autora de ciertas sillas, y unas pravianitas que frecuentemente están publicando poesías.

Pues bien; el otro día dijo su papá á María Isabel:

—En cuanto consiga ahorrar 6.000 pesetas voy á comprar un automóvil para llevarte á paseo los días que no tengas colegio.

—Para tener un automóvil — dijo mi amiguita riendo alegremente — no hace falta ahorrar tanto dinero. Hoy el automóvil está al alcance de todas las fortunas.

—A ver, explícame eso, hija mía.

—Verás, papá.

María Isabel, que dibuja bastante regularmente, cogió una cuartilla de papel de hilo y pintó en ella un automóvil, en donde iba montado un caballero con traje de *chauffer*, el cual *chauffer*, si no era su propio padre se le parecía bastante, y mostrándole al autor de sus días le dijo:

—Ahí tienes el automóvil *María Isabel*; te lo regalo.

Examinó el padre las buenas dotes pictóricas de su hija, y, luego que hubo reído la ocurrencia, la dijo:

—Chiquilla, tu automóvil es el mejor de los inventados hasta el día.

—¿Por qué, papá?

—Porque con él no hay temor de causar ningún atropello.

—Ya me explicarás el motivo.

—Es muy sencillo. Como no anda...

—Te equivocas, papá. *El María Isabel* tiene una marcha de 70 kilómetros por hora ¿Quieres verlo?

—Si me gustaría.

—Pues es muy fácil, tontín. ¡No discurras nada! Esperate un poquitín, cinco minutos.

—¿Le vas á echar gasolina?

—Sí; pero no te rías; porque cuando le veas andar

me vas á tener que regalar diez céntimos.

—¿Para qué?

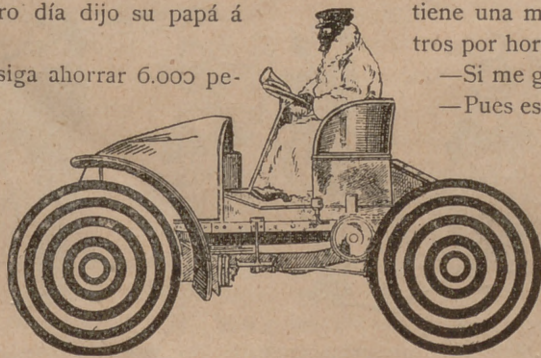
—Para dárselos á esa pobre que se pone á pedir con una niña á la puerta de la iglesia.

—Concedido... si anda el automóvil.

La niña, que sólo había hecho las ruedas con una circunferencia, cogió el compás y trazó cuatro círculos más en cada rueda. Luego cogió el dibujo, y haciendo con el papel lo que os indiqué en el número 57, demostró á su padre que el *María Isabel* tenía la marcha indicada, ó mayor tal vez.

Y el padre premió el ingenio de su hija con la moneda ofrecida y un sonoro beso en cada mejilla.

JAVIER CABEZAS.



CRONIQUELLA

DESDE que he leído la noticia en los periódicos estoy contentísimo.

¡Van á subir el sueldo á los maestros de escuela!

Esto será el año próximo si se aprueban los presupuestos, que bien pudiera suceder lo contrario, ó que viniese otro ministro que echara por tierra los buenos propósitos del actual.

pero tan delgado, tan transparente, que cuando se ponía delante del encerado podíamos leer en él á través de su cuerpo.

Todo lo llevaba con resignación; era un apóstol de la enseñanza.

No le ocurría esto á D. Rudesindo, el maestro público de Burriciegos de Abajo. Si llegaba el primero de mes y el Ayuntamiento no le había pagado, venía al colegio con tan mal humor, que era cosa de meterse en lo más profundo de nuestras cajoneras.

LA PESCA DE LA SARDINA

I



AUGUSTO: Sr. Butibamba, ¿osté querer presenciar una pesca de sardinas?—BUTIBAMBA: En la pista es imposible.—AUGUSTO: Ahora verlo osté. Venga la fusta.—BUTIBAMBA: ¡Cuidado!

La verdad que son sufridos los pobres maestros.

Retribuyen con una mezquindad su incesante labor de difundir la ciencia; y eso cuando se la entregan, que hay Ayuntamientos que primero rinden cuenta exacta de la inversión de los fondos municipales que cumplir con el maestro lo contratado.

Y así de lucidos andan ellos. El año pasado estuve una temporada en X. Fui con mis amigos un día al colegio y le tomé tal afición que no había discípulo más puntual.

Ciertamente que el maestro merecía mis simpatías, y mucho más. Era un bello señor,

Cuando cobraba al corriente, se le podía aguantar; pero teniendo la paga atrasada, era imposible.

—Don Rudesindo—decíamos—¿me hace usted el favor de repasar la plana?

—¡Repasar! ¡Para repastos estoy yo! ¡Vaya usted á su asiento! ¿Crean ustedes que por real y medio que me da el municipio, es decir, que me debía dar, porque estamos á cinco y aún no me han pagado; creen ustedes, repito, que por real y medio me van á tener como un zarandillo? Pues no, señores.

Ya sabíamos: mientras no le pusieran al corriente, no había que contar con él.

Juan no quería hablar con nadie de su marcha, porque su pena era tan grande ó más que la de sus amigos. El comprendía bien que las razones expuestas por el señor Franco eran atendibles; por otra parte, no le atraía gran cosa la carrera de marino; mas ¿cómo olvidar los ratos pasados entre tan fieles compañeros?

Sir Thomas vino á dejar satisfechos á todos. Invitóles á comer y llevó su bondad hasta el extremo de sentar á su mesa ¡al propio Mesty!

Acaso fué el único individuo de alguna autoridad que hizo justicia á su ilustre prosapia. Tal vez el gobernador conocía la procedencia del ex cocinero. ¿Quién sabe si en sus muchos viajes llegó á tener alguna vez ante sus ojos el árbol genealógico que debió existir para atestiguar que Mesty fuese, efectivamente, miembro ilustre de alguna familia de reyes con corona de plumas?

Ello fué que comieron con él los tres amigos, aunque maldito si hicieron los honores á la comida. No estaban en situación de saborear los exquisitos manjares, ni los finos licores con que Sir Thomas les obsequiara.

Levantados los manteles el gobernador tomó la palabra y dijo así:

—Parecen ustedes herederos de muerto rico que lega sus bienes á un extraño.

Esperó la respuesta, pero nadie se tomó el trabajo de dársela. Luego continuó:

—Sé la pena que á ustedes aflige y tomo parte en ella.

La misma respuesta. Nada, que se habían empeñado en que él se lo dijese todo. Y como no había más remedio que echar por la calle de en medio, abordó la cuestión francamente:

—Amigo Franco, en las manos de usted está el marchar á su casa contento y satisfacer á sus amigos.

—¡Oh! Eso es imposible, Sir Thomas.

—Marcharse el Sr. Franco es dejarnos sin luz, sin aire, sin ese sol á que tanto amamos, aunque nos tuesta las carnes — gimoteó Mesty:

—¿Cómo dejarnos satisfechos si se nos va la alegría con el amigo Franco?

—Voy alegre, porque deseo abrazar á mis ancianos padres — dijo Juan —; pero siempre tendré sobre mí la pena de no ver á tan queridos amigos.

¡Ya habían hablado! ¡Gracias á Dios! Y precisamente por donde más pecado habrían, es decir, por donde los quería coger Sir Thomas.

El cual, viendo el cielo abierto, dijo:

—Amigo Franco ¿sigue usted todavía profesando sus teorías de igualdad?

—Generalmente, sí, señor.

—Pues bien; siendo así, convendrá usted conmigo en que todo es de todos y nada de nadie.

—Precisamente eso es lo que dice mi buen padre y lo que yo he afirmado en varias ocasiones.

—Lo cual demuestra que no debe haber ricos mientras haya pobres.

—Justo.

—Pues si usted es rico y Gascoigne y Mesty no lo son, reparte usted sus bienes entre ellos y... todo está arreglado.

—Pues mire usted, no me habría atrevido á proponer esto por temor á ofenderlos; pero ya que usted lo ha dicho, convenido.

—Según me han dicho tiene usted grandes posesiones y cuantiosas rentas. Necesita usted un buen administrador y un honrado mayordomo. ¿Hallaría usted para esos puestos mejores personas que Gascoigne y Mesty.

—No, señor; pero...

—A Gascoigne creo que le agrada más esto que pasarse la vida á bordo para lle-

INDICE

Cap. XXV.—El lance de honor real.
 Cap. XXVI.—Lanceo de honor de la
 Cap. XXVII.—Situación de la formación de un
 Cap. XXVIII.—Luzo se se obediencia
 Cap. XXIX.—El pedregal de los
 Cap. XXX.—Luzo se se obediencia
 Cap. XXXI.—Luzo se se obediencia
 Cap. XXXII.—Luzo se se obediencia
 Cap. XXXIII.—Luzo se se obediencia
 Cap. XXXIV.—Luzo se se obediencia
 Cap. XXXV.—Luzo se se obediencia
 Cap. XXXVI.—Luzo se se obediencia
 Cap. XXXVII.—Luzo se se obediencia
 Cap. XXXVIII.—Luzo se se obediencia
 Cap. XXXIX.—Luzo se se obediencia
 Cap. XL.—Luzo se se obediencia
 Cap. XLI.—Luzo se se obediencia
 Cap. XLII.—Luzo se se obediencia
 Cap. XLIII.—Luzo se se obediencia
 Cap. XLIV.—Luzo se se obediencia
 Cap. XLV.—Luzo se se obediencia
 Cap. XLVI.—Luzo se se obediencia
 Cap. XLVII.—Luzo se se obediencia
 Cap. XLVIII.—Luzo se se obediencia
 Cap. XLIX.—Luzo se se obediencia
 Cap. L.—Luzo se se obediencia

Cap. I.—Donde el Sr. Franco ha
 Cap. II.—Nuestro lance de honor
 Cap. III.—El doctor preside la
 Cap. IV.—Juan entra en una escuela
 Cap. V.—Juan entra en una escuela
 Cap. VI.—Juan entra en una escuela
 Cap. VII.—Juan entra en una escuela
 Cap. VIII.—Juan entra en una escuela
 Cap. IX.—Juan entra en una escuela
 Cap. X.—Juan entra en una escuela
 Cap. XI.—Juan entra en una escuela
 Cap. XII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XIII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XIV.—Juan entra en una escuela
 Cap. XV.—Juan entra en una escuela
 Cap. XVI.—Juan entra en una escuela
 Cap. XVII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XVIII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XIX.—Juan entra en una escuela
 Cap. XX.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXI.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXIII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXIV.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXV.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXVI.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXVII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXVIII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXIX.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXX.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXXI.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXXII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXXIII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXXIV.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXXV.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXXVI.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXXVII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXXVIII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XXXIX.—Juan entra en una escuela
 Cap. XL.—Juan entra en una escuela
 Cap. XLI.—Juan entra en una escuela
 Cap. XLII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XLIII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XLIV.—Juan entra en una escuela
 Cap. XLV.—Juan entra en una escuela
 Cap. XLVI.—Juan entra en una escuela
 Cap. XLVII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XLVIII.—Juan entra en una escuela
 Cap. XLIX.—Juan entra en una escuela
 Cap. L.—Juan entra en una escuela

Se quejan muchos de que la primera enseñanza no progresa nada; de que los libros son malos y rutinarios; de poco amor á la clase en algunos profesores... y á todos esos les diría yo: Señores míos, ¿qué quieren ustedes con profesores de á real y medio?

Bromas aparte, nos alegraremos mucho de que la sufrida clase de profesores de primera enseñanza obtenga la merecida recompensa, y no se quede en proyecto lo del ascenso.

BEBÉ.

decir, al aguardiente de casa de Chichorro, que lo vendía capaz de hacer hablar á un mudo.

Tantas «jumeras» tomó y tantos cortaos bebióse, que el pobre gitano vió llegar las últimas.

Reunió entonces á toda la gitanería cerca de su cama y abrazando á su esposa, que estaba bañada en llanto, le dijo:

—¡Ay, Paca de mis entrañas, esto se val

—¡Vamos, hombre, no seas boquera, que

LA PESCA DE LA SARDINA

II



AUGUSTO: ¡Hala! ¡Hala! ¡Ya pican! ¡Ya pican!..... ¡Olé!..... ¡Pataplán!

El señó Manué

No había en toda la calle del Pulidero de Málaga un gitano más feo ni más granuja que el Señó Manué.

No se perdía una burra que él no la encontrara, ni se hacía un trato de caballerías del cual no procurase sacar corretaje.

Trabajando mucho logró mantener á su Paquita, y á seis churumbelos que Dios le fué regalando.

Para olvidar las penas el hombre se entregó en cuerpo y alma á la «bebía fina», es

esta enfermeá pasara—le contesto la gitana.

—¿Qué ha de pasar? ¡Yo me muerdo, y antes de estirar la pata quiero arreglá mis cuentas con Dios y con los hombres! ¡Ya sé que no voy á tené tiempo, porque tengo muchas cuentas que arreglá... Pero mira, llama al señó Escribano, y después al Cura de San Pablo, que es muy güeno pa los probes y me perdonará...

Salió la gitana corriendo más que un automóvil, y una hora después llegó un señor Notario, viejo, tuerto del derecho y cojo de la izquierda.

Era protector de la familia gitana y los

conocía muy á fondo. Al entrar dió una palmada en el hombro del señó Manué, y le dijo:

—¡Vamos, vamos! ¿Qué pasa?

—Que mañana voy á estar enterrao y antes quieo jacer testamento. Escriba osté.

El Notario sacó papel y pluma, se caló las gafas y escribió.

—Ponga osté, señó on Francisco, que deajo á ca uno de mis churumbeles ochocientas fanegas de tierra.

Don Francisco le miró creyendo que la calentura le hacía delirar.

—¡Ochocientas fanegas! Pero, Sr. Manuel, si el pedazo de tierra que usted compró en las Ermitas, del cual hice yo la escritura, no tiene más que fanega y media!

—No importa, no importa, escriba osté— repitió el gitano abriendo mucho los ojos.

—Pero hombre ¿de adónde van á sacar sus hijos esas ochocientas fanegas?

El enfermo, con mucha calma y voz apagada, dijo:

—¡Que ajonden, señor Notario, que ajonden!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

LA PESCA DE LA SARDINA

III



AUGUSTO: ¡Vaya si pican! ¡Cómo se ríe el Sr. Butibamba! ¡Ahora verá osté! Mi tener mucho ingenio. ¡Hala! ¡Hala!—BUTIBAMBA: ¡Buena talegada!—AUGUSTO: ¿No quería osté ver la pesca de la sardina? Pues aquí las tiene de la cruz roja.

COLMOS

*Pone á todos los sombreros
que fabrica Luis Aldabe,
de los ciruelos las copas
y por alas l s de un ave.*

*El colmo de la tortuga
ó el colmo del caracol,
fuera pagar al casero
en monedas de á doblón.*

*Un célebre lapidario
dice que á Cuba ha de ir,
á ver si puede labrar
un brillante porvenir.*

*Un aguador en Infesto
ha pensado servir agua
de la Fuente (Don Modesto).*

*El cesante Lino Auñón
devoraba hoy con fruición,
muy cerca de las Vistillas,
el pan de la emigración
que le sabía á rosquillas.*

*El tenor Juan Trepolar
todos los gallos que lanza
se los come al almorzar.*

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ.

NUESTRO TEATRO

EL DESHOLLINADOR

Pieza cómica en un acto, original de MARÍA THIERY.

(CONCLUSIÓN)

ESCENA III

DON JACINTO y LILY

LILY. (*Entra por el foro, como un torbellino, montada en un bastón, cantando.*)

Mambrú se fué á la guerra.

¡Carabí!

Montado en una perrá.

¡Carabó!

DON JACINTO. Ven acá, loquilla de la casa.

LILY. Buenos días, papaíto. (*Le mira á la cara por un lado y luego por el otro.*) ¿Qué capricho ese, papá? ¡Tienes afeitado un carrillo y el otro no! ¿Por qué es esto? ¿Vas á dejarte media barba?

DON JACINTO. Te diré. Aún no he terminado de afeitarme. Dime, cordera mía: ¿has cogido un papel de encima de mi mesa?... Un papel con letras y con números.

LILY. Ya sabes que cuando pasé corriendo con mi caballo, tropecé con el brazo en los papeles que había sobre la mesa y...

DON JACINTO. ¡Acaba!

LILY. Y todos los tiré al suelo. ¿Te acuerdas, papaíto?

DON JACINTO. ¿Y quién los recogió?

LILY. Yo misma. Me lo mandaste tú.

DON JACINTO. ¿Recogiste todos?

LILY. Todos, y los puse otra vez donde estaban. (*Brincando y haciendo como que sujeta el caballo.*) ¡Oh!... ¡Quieto!... Adiós, papaíto, que el caballo se impacienta. (*Tira un beso á su padre y vase corriendo por el foro.*)

DON JACINTO. ¡Es monísima esta chiquilla! (*Se oye dentro la voz de Rafaela que dice: Descuide usted, señorita Lily.*) Decidida-

mente, me tiene loco ese diablillo de melenas rubias.

ESCENA IV

DON JACINTO y RAFAELA

RAFAELA. ¿Llamaba el señor?...

DON JACINTO. Sí. Contéstame, Rafaela: cuando limpiaste ayer mi despacho, ¿viste encima de la mesa un título de 20.000 pesetas?

RAFAELA. (*Llorando.*) Juan me ha dicho... que el señor... ha perdido 20 000 pesetas... y cuando me hace... esa pregunta... es porque sospecha de mí... (*Llora amargamente.*)

DON JACINTO. Ea, así no conseguiremos nada. No llores, mujer, que me enternezco y acabaré por llorar yo también. No sospecho de ti, bobalicona; si tuviera alguna duda te interrogaría por medio del juez de guardia. Eres una santa é incapaz de guardarte un alfiler que no sea tuyo.

RAFAELA. (*Lloriqueando.*) Así es la verdad, señor.

DON JACINTO. Pero por muy honrados que seáis yo no puedo evitar el preguntaros si habéis visto un objeto que se me ha perdido. Anda, ve á cuidar de Lily, no se caiga y se lastime.

RAFAELA. Descuide el señor. (*Vase llorando.*)

ESCENA V

DON JACINTO, *paseándose por la escena y muy excitado.*

¡Nada, que todos son muy honrados, pero el título no parece! Y yo no abrigo de ellos

ni la menor sospecha... Telefonaré al banquero. (*Tocando el timbre.*) ¿Pero en dónde demonios estará metido ese maldito título. (*Suena el timbre del teléfono.*) Central, comunicación con el 4.619, hágame el favor... Sí, señora, muchas gracias. (*Pausa. Suena otra vez el timbre.*) ¿Señor Jiménez?... ¿Cómo está usted, amigo Jiménez?... Bien... Pues nada, que ya no puedo vender el título de 20.000 pesetas... Porque le he perdido... Sí, ya le encontraremos, pero mientras esto ocurre avise usted á la Bolsa por si acaso... ¿El número?... En mi carta le tiene usted... Adiós, y gracias. (*Cuelga los receptores.*) En fin, acabaré de afeitarme á ver si se me pasa la rabieta... ó me corto el carrillo. (*Vase.*)

ESCENA VI

LILY, en seguida RAFAELA

LILY. (*Entra corriendo.*) ¡Alto, Tordito! (*D:ja el bastón recostado en una silla.*) Ahorra, á comer mientras yo veo el ROSA Y AZUL. (*Coge la revista y se pone á mirar los grabados.*)

RAFAELA. (*Entra llorando todavía.*) Señorita Lily, la estoy buscando hace un rato.

LILY. Pues aquí me tienes.

RAFAELA. ¿Vió usted entrar ayer en el despacho de su papá al deshollinador?

LILY. No recuerdo, pero creo que sí. ¿Tenía que limpiar la chimenea?

RAFAELA. Sí, señorita. Y ahora me acuerdo que usted le dejó solo. Ese, ese es el ladrón del título. Ese se ha llevado las 20.000 pesetas. Ese es el miserable ladrón, y voy á dar parte á la policía.

LILY. (*Volviéndose hacia Rafaela y amenazándola con los puños cerrados.*) Rafaela, te prohibo acusar á Pepillo.

RAFAELA. ¿Quién es Pepillo?

LILY. El deshollinador.

RAFAELA. ¿Cómo sabe usted su nombre?

LILY. Se lo pregunté. Se llama Pepillo, y

es más guapo que tú, y mejor que tú. ¡No sé cómo puedes decir que un niño tan bueno sea ladrón!

RAFAELA. Y lo es, señorita. Le llevarán á la cárcel y allí confesará todo.

LILY. (*Comienza á llorar.*) ¡Embustera, mentirosa! (*Vase Rafaela sin hacerla caso. Lily se asoma al balcón.*) Voy á ver si llama á los guardias. (*Asomada al balcón lanza un grito.*) ¡Eh, Pepillo!... ¡Y viene hacia aquí!... Ahora le prenden. No, no. Tengo que esconderle para que no le vea esa Rafaela... Voy á abrir la puerta antes de que se enteren, y le contaré todo. (*Vase; la escena queda sola un momento y en seguida entran Lily y Pepillo.*)

ESCENA VII

LILY y PEPILLO

LILY. Silencio... No haga ruido.

PEPILLO. ¿Está durmiendo el señor?

LILY. No, tonto, es que Rafaela quiere ir á llamar á los guardias para que te metan en la cárcel.

PEPILLO. ¡A mí! ¡Recontra! ¿Qué mal le hice á esa muchacha?

LILY. ¡Silencio! Baja la voz.

PEPILLO. ¿Y por qué? ¡Si no he cometido ningún delito!

LILY. Ya lo sé. Pero ella cree... dice... ¡Ah!, Pepillo, si tú supieras... ¡Pobre Pepillo!... Es preciso que no te vea... Date prisa, ponte en salvo... Ocúltate aunque sea en una de esas chimeneas que tienes que limpiar. Sí, ¡sálvate, Pepillo!

PEPILLO. ¿Por qué he de salvarme, si no he hecho nada malo?

LILY. (*Convencida por las palabras de Pepillo.*) ¡Entonces miente Rafaela?

PEPILLO. ¡Toma!, pues claro.

LILY. Pues mira te daré un pastel. Ven conmigo.

PEPILLO. Gracias, ya me dió usted ayer unos. ¡Y que estaban más ricos!... ¡Nunca

comí cosa tan buena!... Aquí traigo el papel... (*Saca uno del bolsillo.*)

LILY. ¿Qué papel?

PEPILLO. En el que estaban envueltos los pasteles.

LILY. (*Olvida su prudencia y se echa á reír.*) ¡El papel! ¡Traes el papel! ¡El papel en que yo envolví los pasteles!... ¿Y para qué le traes?

PEPILLO. ¡Este papel vale mucho, señorita!

LILY. ¿Qué ha de valer, tonto? Antes, cuando tenía los pasteles, valdría dinero, pero ahora ya no vale nada.

PEPILLO. Sí vale: 20.000 pesetas. Lo he leído yo.

LILY. ¡Ah! ¡Qué tonta! (*Llamando.*) Juan, Rafaela, papá. (*Vase corriendo.*)

ESCENA VIII

PEPILLO, DON JACINTO; después LILY, RAFAELA y JUAN.

DON JACINTO. (*Por el foro.*) ¿Qué quieres, hija mía? (*Reparando en Pepillo.*) ¿Qué haces tú aquí, galopín?

PEPILLO. Vengo á traer este papel en que



la señorita me dió ayer unos pasteles. (*Entrega el papel á Don Jacinto.*)

DON JACINTO. ¡Mi título! ¿Cómo se te ha ocurrido traerle?

PEPILLO. Cuando me comí los pasteles me entraron ganas de leer lo que decía el papel, y apenas leí que valía 20.000 pesetas, dije:

«Pepillo, á ti te han dado unos pasteles que saben á gloria... porque estaban muy ricos, señor... pero no han podido darte todo ese dinero que dice ahí. Si te lo guardas, eres un ladrón.» (*Con energía.*) Y yo no soy ladrón, ¡recontra!; por eso le traigo.

DON JACINTO. Has obrado bien, muchacho. Te felicito. ¡Bravo, muchacho!

PEPILLO. ¿Por qué, señor? Sólo he cumplido con mi deber.

DON JACINTO. No has hecho más que cumplir con tu deber... ¡Bien dicho, hijo mío! Pero aunque te parezca sin valor la acción que acabas de realizar, déjame que te la recompense. (*Saca dinero y se le da.*)

PEPILLO. (*Rechazándole.*) No, no, jamás. (*Reflexionando.*) Bueno, démele usted. Se le llevaré á mi madre, y cuando sepa cómo lo he adquirido, no me regañará.

LILY. (*Tras de ella Rafaela y Juan.*) Ahí le tenéis: ha traído el título. (*Á Rafaela.*) Anda, avisa á los guardias... para que te lleven á la cárcel por embustera.

RAFAELA. Señorita... yo...

JUAN. ¡Bravo, muchacho! La honradez, como dice el señor, es una cosa muy buena.

DON JACINTO. (*Á Lily.*) Mira, hija mía, tú diste el papel á este muchacho, ¿verdad?

LILY. (*Llorando.*) Sin saber lo que hacía, papáito; pero no me regañes.

DON JACINTO. Sí lo sabías, porque tu buen corazón te hizo adivinar que le entregabas á una persona necesitada y acreedora de la merced que la concedías. Coge ese título y entrégaselo otra vez, sólo que ahora lo harás con todas las formalidades necesarias. Vamos á mi despacho para extender una nota y que el agente de Bolsa le transfiera la propiedad á...

LILY. A Pepillo, papá. (*Dando el título á Pepillo, que él no se atreve á coger.*) Anda, bobalicón, si es tuyo... te le da papá.

PEPILLO. ¿Y qué tengo yo que hacer?

DON JACINTO. Entregarle á tu madre para

que te le guarde, y cuando seas ya hombre poner una fumistería.



PEPILLO. ¿Y qué más?

TELÓN

LAS INDIRECTAS DEL PADRE COBOS

FÁBULA

Célebres entre agudos y entre bobos las indirectas son del padre Cobos; mas, como habrá sin duda quien aprecie que le decare alguno lo que fueron las tales indirectas en su especie, trasládole el informe que me dieron.

Parece, pues, que había en cierta población de Andalucía, un convento ejemplar, con un prelado, siervo de Dios, perfecto y acabado, que de ciencia y paciencia era un portento; por lo cual, uno á uno, dió en irle á visitar á su convento, sin qué ni para qué, tanto importuno, que siempre andaba el pobre atropellado para cumplir las reglas de su estado.

Era portero de la casa un lego, catalán ó gallego, Cobos apellidado, Bartolomé de nombre, alto, robusto, de resuelto genial y un poco adusto.

Llamóle el superior y dijo: «Mire si puede hacer, por indirecto modo, que esa gente comprenda que de tanta visita me incomodo.»

«Yo haré que se retire la tal familia presto», respondió el motilón. «Si, ponga enmienda; Pero indirectamente, por supuesto.»

«Fie, Padre, en el tino de Bartolo. Para indirectas, ¡ohl, me pinto solo.»

Viene al siguiente día, madrugando solícito, un molesto: Llama. Tilin, tilin.... «Ave María.» Bartolo, sin abrir la portería, dice al madrugador: «Hermano, trate

LILY. Darme un abrazo. (*Se abrazan, y Pepillo deja en el delantal de la niña las huellas negras de sus manos.*)

DON JACINTO. Así, hija mía, así. Ese corazón vale más que todos los tesoros del mundo. ¡Bendita seas! (*La coge, la levanta en alto y la besa.*)

RAFAELA. (*A Pepillo.*) Perdóname si sospeché de ti injustamente.

PEPILLO. (*Como saliendo de un sueño.*) ¿Con que todo este dinero es mío?... (*Tira la gorra al alto.*) ¡¡¡Viva la señorita!!!

de ir á otro manantial que no se agote: desde hoy ningún *pegote* prueba de mi Prior el chocolate.»

Oyendo el hombre la indirecta rara; se fué, brotando mermellón su cara.

Llega un necio en seguida, y Cobos dice: «Excuse la venida; mientras yo el cargo ejerza de portero, no entra aquí ni *gandul* ni *majadero*.»

Despedido el segundo visitante, cata el número tres.—«Coja el portante (prorrumpo el fiero Cobos) usiria; no está bien entre monjas un *espía*.» Con una añadidura semejante, y en tono proferido nada blando, Bartolo á cada cual fué despachando; y desde entonces al Prior bendito no perturbó en su celda ni un mosquito.

Contento el Padre y á la par confuso, al lego preguntó: «¿De qué manera con aquella familia se compuso, para que así de verme desistiera?»

«Fué cosa muy sencilla, mi querido Prior (Cobos repuso), cada quisque llevó su indirectilla, y huyó de mí la incómoda cuadrilla.»

«Cuéntame las discretas expresiones cuya virtud á la razón las trajo.»

«Les dije la verdad: Sois un atajo de tunos, de chismosos y de hambrones.»

«¿A eso llama indirectas, en efecto?»

«Yo nunca en ellas fui más circunspecto.»

«Pues hermano, mentiras ó verdades, sus indirectas son atrocidades.»

Dijo bien el Prior; mas como hay entes En grado escandaloso inperinentes, Echeseles también de buena gana Tal cual indirectilla cobosiana.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



GAZAPOS



Sr. Director de ROSA Y AZUL.

Muy señor mío: Por haber sido el que inauguró la sección GAZAPOS, deberían perdonarse á Eladio González algunos *gaza-pillos* que se le han deslizado, y son:

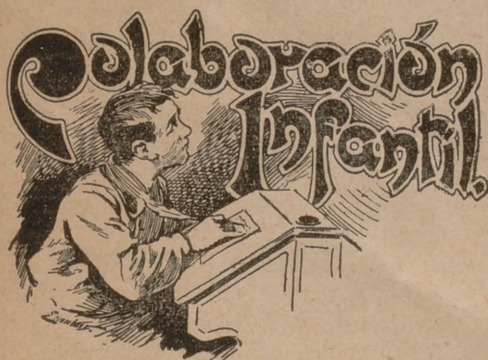
Línea 3.^a de la columna izquierda, sobra la coma que hay antes del paréntesis; línea 5.^a, *é*stas debe llevar acento; línea 1.^a de la segunda columna, sobra el signo del diálogo,

cogió está escrito con jota, y al final de la misma línea faltan los dos puntos, y en la siguiente, signo de diálogo y mayúscula, porque empieza á hablar el padre.

No son sino *pequeñeces*, y acaso yo los haya deslizado mayores; pero así nos iremos corrigiendo de ellos.

De usted atento servidor q. l. b. l. m.

JACINTO RUIZ.



LA NUEZ

DEBAJO de un magnífico nogal, á la entrada de un lugar, dos niños encontraron una nuez.

—Esa nuez me pertenece á mí—dijo Enrique—, porque yo la he visto primero que ninguno.

—No; es mía—gritó Bernardo—porque yo la he cogido.

Acerca de esto se suscitó entre ellos una violenta querella.

—Yo os voy á poner de acuerdo—dijo un tercer muchacho de más edad y de más fuerza que sobrevino casualmente.

En efecto, se colocó entre los dos pretendientes, abrió la nuez y pronunció esta sentencia:

—Uno de estos cascos pertenece á quien primero ha visto la nuez, y el otro á quien la ha cogido; en cuanto al grano lo guardo yo para los gastos del juicio. Este—exclamó riendo el juez—es el fin ordinario de un pleito.

Traducido por ANTONINO PERTIERRA.

CORRESPONDENCIA

José A. Merino.—Valladolid.—Muy bien sus soluciones.

Francisco Palá.—Barbastro.—Las soluciones, bien; lo otro entra eu turno.

Wifredo Bertrán.—Sarría.—Muy bien las soluciones y muy atinada la observación; fué una errata.

Rafael Castejón.—Valencia.—Irán saliendo.

Manuel Butorone y José Mérida.—Tomo nota de sus indicaciones, y paso al cuadro de honor á esos caballeros.

Guadalupe de Selgas.—Madrid.—Muy bien la solución; lo otro no es posible: según están ahora las cubiertas, no cabe el sumario.

Aurelio Sterrico.—La Línea.—En el número 30 se publicó esa misma traducción firmada por Francisco Guerrero. Véalo usted.

Antonio Luque.—Madrid.—Haciendo muchos versos, logrará usted que se le publiquen algunos, porque habrá corregido ciertos defectos de que ahora adolecen. Fíjese en estos:

Quando abrieron el portal el día siguiente el portero entregó la sortija ruborosa, y verá que están mal medidos. Lo otro, sirve.

Carmen Velasco.—Idem.—Muy bonito el cuento; pero hay que citar de qué autor le ha copiado.

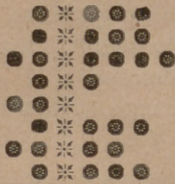
Miguel Vellod.—Villena.—Le complaceré.



ACERTIJO por Vicente Más.

¿Dónde se encuentran los japoneses todos los días después de haberse puesto el sol?

SUSITUCIÓN por Rodolfo Martínez.



Sustituir los puntos y estrellas por letras, de modo que, leyendo horizontalmente en las líneas de puntos, resulten verbos, y verticalmente, en la línea de estrellas, al nombre de un rey godó.

FUGA DE CONSONANTES por Eladio Santos.

E. e.i.o.a .a.e.e. E..o
 .e..o.o.a.e.u.e.a..a.
 .a.a..o..a.a.o.a
 .a.a.e.a.e..i.a.

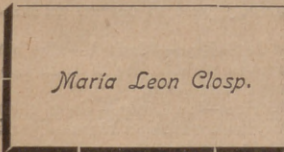
JEROGLÍFICO por José Mérida.

CI CI CI CI
TO TO

CHARADA por A. de Górgolas.

En *prima dos* me baño.
 y la *dos prima* bailo.

TARJETA por L. González-Francés.



Formar con estas letras el nombre de un arzobispo español.

JEROGLÍFICO por E. Valencia y M. Partal.

CUPIDO
TODO

ADIVINANZAS por Gil Farrán.

¿Cuál es la letra más perezosa?
 ¿Y la más devota?

ROMBO NUMÉRICO por Francisco Palá.

2 Vocal.
 1 5 Nota musical.
 1 2 4 Porción de agua.
 1 2 1 2 Lo que dicen los niños.
 3 4 2 1 2 Clase de comedia.
 1 2 3 4 5 6 Población de España.
 1 2 1 2 4 Verbo.
 4 2 1 2 En los árboles.
 3 2 3 Imperativo.
 3 5 Tiempo de verbo.
 1 Consonante.

CHARADA por Rafael Castejón.

Prima segunda es un útil destinado á descansar;
tercera cuarta una fiera muy difícil de cazar;
segunda cuarta es un puerto de una posesión de España, y el *todo* es un animal de piel como la de rana.

SOLUCIONES

A la adivinanza por Carlos Gorguera: CAMINAR A LOS TREINTA Y UNO

A la estrella numérica por Gil Farrán: MARIANO.

A la charada por Ibán Iscar: CANELO.

A la tarjeta por Ignacio Rodrigo: DON JOSE ECHEGARAY.

Al jerooglífico por Ignacio Sanchis: RECIENTE.

A la fuga de vocales por José Rodríguez:

Más vale saber que haber,
 dice la común sentencia;
 que el saber nunca se acaba
 y el haber no compra ciencia.

A la charada por F. Guerrero: SOLDADO.

A la adivinanza por José Mérida: MARIA-NO.

Al jerooglífico por R. de Azahar: PAPAMOSCAS.

Al rombo por Rafael Barrio Jordá:

M
 L I S
 M I R A R
 S A L
 R

Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Rogamos á nuestros abonados cuyas suscripciones terminaron en el número 52 y aún no han sido renovadas, nos digan si hemos de continuar sirviéndoles ROSA Y AZUL y por cuánto tiempo.

El Administrador,
 OCTAVIO MOLTÓ.

PARA COLEGIALES

Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✱

San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

EMULSIÓN IODO-TÁNICA MADEMOISELLE

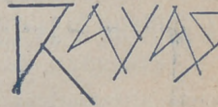
Es la única de aceite de bacalao con iodo y tanino que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas

En todas las farmacias.

A los Profesores interesa conocer el novísimo Método de la **lectura por la escritura**

POR

D. ANGEL RODRÍGUEZ ÁLVAREZ



Maestro auxiliar de la Escuela graduada de Las Palmas de Gran Canaria

Es el único de esta clase que existe en España

Consta de tres partes que se venden
á 0,40 ptas. la primera
á 0,50 » segunda y
á 0,50 » tercera.

El Método completo forma un grueso volumen y su precio es una peseta.

Condiciones de venta y muestras pídanse á la Administración de ROSA Y AZUL ó al editor D. Agustín Sánchez Rodrigo, en Serradilla (Cáceres).

FAMOSO MÉTODO DE LECTURA EL SIGLO DE LOS NIÑOS (DECLARADO DE TEXTO)

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

Depósito general: **LIBRERÍA ESCOLAR** de Antonio Pérez, Bolsa, 9, MADRID.

LA HIJA DEL USURERO

NOVELA ORIGINAL DE

Estanislaio Maestre

Un bonito tomo en 8.º francés, con ilustraciones de Palao y el retrato del autor en la cubierta.

DOS pesetas en Madrid

A provincias se envía certificada por 2,25 pesetas.

Pedidos acompañados de su importe á esta Administración



LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MAS HIGIENICA

LA QUE MEJOR PESA

PAIDOTROFO

ALIMENTO VERDADERO DE LOS NIÑOS

Sustituto del aceite de hígado de bacalao y de las emulsiones. Los supera en virtud terapéutica y es mucho más agradable.

De venta en todas las farmacias. Depósito en Madrid: Martín y Durán, Tetuán, 3, y Pérez, Martín, Velasco y Compañía, Mayor, 18.

ADVERTENCIA

Tenemos algunas colecciones, muy pocas, encuadernadas del año 1904 (primero de la publicación de Rosa y Azul) al precio de 8 pesetas en Madrid, y 8,50 provincias. Los que deseen alguna, pueden pedirla á estas oficinas, acompañando su importe en libranzas de Prensa, del Giro Mutuo ó Sobre Monedero.

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

VERONÉS FOTOGRAFO ESPECIAL PARA NIÑOS
CALLE DE SAN BERNARDO, 52.—MADRID

LIBRERÍA

DE

AGUSTÍN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pidanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La *legítima*, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERÍA EL INFANTE

Calle de Preciados, núm. 26

NIÑOS



Preciosos trajes de 5 á 40 ptas. Gabanes novedad de 15 á 50.

Rusos, gran abrigo, de 18 á 25.

Cuellos novedad, chalinas, gorras y colección grandiosa en géneros para la medida.

PRECIO FIJO

PASTILLAS cloro-boro-sódicas —con cocaína.— BONALD

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar BONALD, de thiocol-cinamovanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA BONALD. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor.

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid